

El mitin tenía cierto aire de festival fin de curso. El público, aseado y con atuendos domingueros, era el tradicional. Allí, los alumnos aplicados; allá, los padres y madres; más acá, las buenas monjitas y los reverendos padres. En el estrado, tras la mesa, los de siempre: el prefecto, el padre ecónomo y hasta ese antiguo alumno que, desde la experiencia de sus años maduros, viene a recomendar a sus condiscípulos más jóvenes que perseveren en las buenas costumbres y pensamientos adquiridos en la santa casa de su educación.

Algunos detalles chocantes. Para empezar, las pancartas entre cultas y chocarreras con ciertas pretensiones contestatarias; después, el marco de tal festejo: el Palacio de los Deportes de Madrid, con su desnudez impúdica de cemento grisáceo; por último, el ambiente ceñudo y desapacible entre el respetable. Para un profano desapasionado era difícil creer que el Espíritu Santo revolotease por las alturas abovedadas. Mucho más razonable es pensar que por el éter del gran cobertizo estuvieran flotando las walkirias espirituales del cardenal Gomá.

Eran las cinco y media de la tarde cuando todo debía empezar. Se comenzaba treinta minutos más tarde de la lidia clásica y eso que los toros eran, sobre el papel, amenazadores y terroríficos. Sus cornamentas y rabos debieron despertar azufradas imágenes en la mente de tanto eclesiástico presente. Había que dar la batida suprema al estatismo, al ateísmo y al marxismo. La cosa se presentaba en plan Iglesia del silencio. Así lo debió ver el representante por Galicia de la patronal de la enseñanza, Marcelino Fuentes, que terminaba su intervención con una sibilina advertencia: "Se está jugando demasiado con la paciencia de la mayoría silenciosa, para dar respuesta a las minorías sonoras y organizadas".

Dominaba en los medios el padre Martínez Fuertes, agustino, ex senador y presidente de la CECE (Confederación Española de Centros de Enseñanza), que es como se llama a la gran patronal de la enseñanza privada. Don Angel Martínez, que va por la vida con la gallardía y el aplomo de los dómínes que han de bregar con una copia numerosa de adolescentes revoltosos, fue el hombre que dio la batalla, dentro del



Mitin de la Confederación Española de Centros de Enseñanza, la gran patronal de la enseñanza privada, en el Palacio de los Deportes de Madrid, el martes 18. La estrella invitada fue Ricardo de la Cierva.

Enseñanza privada

El prefecto, el ecónomo y el antiguo alumno

RAMIRO CRISTOBAL

Colegio de Licenciados y Doctores, a la Directiva progresista que capitaneaba el filósofo de la ciencia Eloy Terrón. El casi angélico ejército de curas y monjas del padre Fuertes puso en fuga a los izquierdistas del Terrón, tras reñida lucha, en un estamento profesional que tenía mucho que ver con lo que pasaría poco más tarde con la enseñanza privada.

El padre Martínez Fuertes, decíamos, abrió y cerró el acto del Palacio de los Deportes, y su estilo no pudo ser más variado y definitivo. Era el padre prefecto de nuestros terrores infantiles que se asomaba de nuevo a nuestra vida con su figura cuadrada y su verbo indiscutible. Comenzó regañando a los padres timoratos: "Hoy es el día de la libertad. Sólo con este 'slogan' habrá una sociedad libre". Y terminaba: "Directores, en pie, alerta para sal-

var la libertad de los centros. Padres, os pido vuestra lucha por un derecho constitucional, pero con orden". A los alumnos no les recomendó nada porque les consideró, sin duda por experiencia, mucho más proclives a la obediencia.

Además contó sus desdichas o mejor sería decir la de los centros privados, encuadrados en su organización, que están —dijo— en muy precaria situación si no reciben pronto ayuda estatal. Tuvo que precisar que "con lágrimas en los ojos" tenía que decir que aún no había recibido contestación del Gobierno sobre el tema que luego resultó que eran varios. Más tarde diría a la prensa que los centros de la CECE (nueve mil colegios y más de tres millones de alumnos) no abrirían en enero si no se resolvía el asunto de la respuesta

gubernamental a sus peticiones.

La estrella invitada, la "guest star" de la reunión, fue el historiador y diputado de UCD Ricardo de la Cierva. El señor De la Cierva descendía de las alturas con todo su prestigio y fama para alentar a los esforzados luchadores de la causa de la libertad y el subsidio estatal. Comenzaba su discurso, sin embargo, con cierto retintín: "Nuestra causa —decía— no es la del lucro y el reaccionarismo, sino la causa de la libertad"; con lo cual salía al paso de los maliciosos, que siempre abundan. Ya el padre Martínez Fuertes había dicho que "sentiría que los principios predicados desde esta plataforma fueran manipulados por opiniones subversivas". Ricardo de la Cierva, que para eso era el más ducho en cuestiones políticas, fue el encargado de mostrar a padres y pro-

fesores la maldad del mundo, en forma de doctrinas *ad hoc* del PSOE sobre el tema y se refería con cierto deje despectivo a "la indiferencia de un sector de la población que no se da cuenta de que nos están imponiendo un modelo totalitario de sociedad".

Tras la documentada experiencia del antiguo alumno, el frío raciocinio de las cifras. El ecónomo, en la persona de don Marcelino Fuentes Ramos, leyó los puntos reivindicativos que resultaron ser, en su mayoría, de jaez crematística. Allí se habló de las ayudas estatales a la enseñanza privada, de dificultades financieras y de equiparación, con cargo al presupuesto claro está, de los profesores de los centros privados a los estatales, etc., etc. Para desencanto de muchos, de lo que menos se trató fue de la cuestión de doctrina en los centros privados. Y probablemente hicieron bien los ponentes, porque una vez que los colegios controlados por el Opus y el resto de las órdenes religiosas consigan la adecuada asistencia económica estatal, las cuestiones de ideología vendrán dadas, como suele decirse, por añadidura.

En fin, cuando nos retiráramos del Palacio de los Deportes (la tarde ya de oro y malva, que dice el romance) llevábamos el firme convencimiento que las cosas no iban de broma. Las entre diez y quince mil personas que llenaban el gran recinto estaban fuertemente decididas a doblegar voluntades y a seguir, hasta donde sea necesario, su cruzada particular. Si en enero no abren esos nueve mil colegios puede haber un conflicto de tamaño natural. Quizá sea por eso que ha tenido que salir monseñor Estepa, obispo delegado de la Comisión Episcopal de Enseñanza, recordando que el "lock out" puede ser "motivo de escándalo" y advierte a los centros religiosos que antes de tomar tal resolución hay que agotar todos los cauces posibles y que incluso se debe "agotar al máximo la actitud de disponibilidad y entrega".

Hace algunos años yo vi en este mismo lugar a los empresarios de la CEOE, con Segurado a la cabeza y Ferrer Salat de "outsider", poner las peras a cuarto al Gobierno y a las centrales sindicales. Dentro de unos días habrá un gran espectáculo circense. Y es que las historias que tienen lugar en el gran vientre del Palacio de los Deportes guardan entre sí una monótona e insistente semejanza. ■

La edad instantánea

A DVIERTEN los biólogos que está de moda la *diferencia* y que el *peligro verdadero de la vida no es la muerte, sino la repetición*. Si en la era de las rupturas imaginarias la ciencia que servía de *metáfora generalizada y agobiante a los ensayistas de los campus era la del lenguaje* —quiero decir: la *lingüística de lo no lingüístico*—, todo parece sabiamente tramado para que la *biología sea en el negocio de los ochenta la referencia favorita del discurso de la modernidad*. Por lo pronto, la mayor parte de aquellas disciplinas y caprichos culturales que gravitaban en el vasto campo relacio-

nal de la *lingüística rondan ahora mismo, con mal disimulada coquetería desmemoriada, los laboratorios en donde se cuecen los secretos atractivos de las herencias, las conductas y las inteligencias*. Ignoro lo que dará de sí este cambio referencial de las ciencias del lenguaje a las ciencias de la vida, de los fonemas a los genotipos dicharacheros, de la estructura del texto simple a la estructura compleja del ácido desoxirribonucleico, pero me consta que ya están causando estragos literarios las extrapolaciones y el ejemplo llamativo es la pasión incontinida por la *diferencia que se obtiene, por sencilla operación metonímica, a partir de la vulgata genética*.

Aproximadamente ocurre que la *biología se ha revelado como el arte de la diversidad, y de sus investigaciones recientes se concluye la victoria rotunda de las partes sobre el Todo, la hecatombe de las jerarquías convencionales y de los juicios de valor tradicionales, el crac de la repetición*. Son conocidas las dos primeras manipulaciones de estas evidencias genéticas: la llamada Nueva Derecha "razona" diciendo que si el individuo está condicionado en un 80 por 100 por sus genomas y en un 20 por 100 por el medio (Hans J. Eysenck), entonces la desigualdad social, la concepción elitista de la vida y el aristocratismo "raciovital" son las invariantes y la Verdad de la Historia. Es elemental el desarrollo de la serie: fin de las ideologías y de los mitos fundados sobre el signo de la igualdad, pero no sólo la desautorización genética del marxismo y del cristianismo —los extremos del largo ciclo igualitario—, sino de toda filosofía o estética que implique equidad, simetría, uniformidad, ecuación, igualamiento.

Inferencia descabellada, ignara, del di-

ferencialismo científico: si la *genética demuestra la heterogenia primordial de los individuos y de los grupos, y es así, sólo cabe concluir afirmando que el único fundamento racional de la vida en sociedad ha de ser la instauración del principio de igualdad que garantice el uso y disfrute de la diversidad, que tan respetables son los ciudadanos con un cociente intelectual inferior a 25 que los genialoides provistos de otro superior a 160*. En lógica estricta: aceptar la diferencia implica el rechazo de cualquier sistema de jerarquías, exclusiones o dominios formulado desde la propia diferencia.

Menos peligrosa, aunque bastante más contagiosa, es la manipulación que ciertos literatos caseros están haciendo del precioso patrimonio de la diferen-

cia a través de la curiosa mitología que poseen del verbo "escribir". Obsesionados por la repetición, confunden la insignificancia con la originalidad, los pormenores estilísticos con las partes y el Todo con las ideas. El resultado es ese extraño texto fantásticamente literario que incurre en diferencialismo meritorio a costa de una acumulación salvaje de adjetivos que intentan modificar sustantivos sin tratos conocidos con el significado y el abuso de una sintaxis deslumbrante reñida con la *sindéresis y huida de las leyes del sentido, de la geometría de las ideas y del espíritu del tiempo*.

Ese admirable terror a la generalidad y a la abstracción, a la totalidad y a la suma, se materializa, a poco que nos fijemos, en el estricto cumplimiento del conocido catecismo del pensamiento concreto establecido por Goldstein, Harvey, Vigotsky y otros investigadores del cerebro: dificultad para establecer hipótesis, necesidad de clasificar los acontecimientos en categorías descriptivas simples, ausencia de indagaciones etiológicas y de informaciones complejas, escasa distinción entre el yo personal y las actitudes y la conciencia de grupo, juicios morales gratuitos y tajantes e incapacidad para separar los medios estilísticos —lo que sorprendentemente se suele significar aquí por "estilo"— de los fines literarios. Las características célebres de lo que se denomina modo rudimentario de pensar y que en este paradójico país, por una de esas ventoleras que unos llaman barrocas y otros decimos diarreicas, se entiende por "bien escribir". Hermosos elogios de la diferencia trabajosamente logrados por la repetición del biotipo de la insignificancia. ■

De la insignificancia

JUAN CUETO